Tema 28. **¿CÓMO FUERON LOS MILAGROS DE JESÚS?**

Un catálogo variado

Que Jesús hacía milagros nadie lo duda. Incluso ellos ocupan un lugar importante a lo largo de su vida pública. El problema es: ¿En qué consistían los milagros de Jesús? Los evangelistas relatan diversos tipos de milagros. Algunos verdaderamente espectaculares, como la resurrección de Lázaro después de haber estado cuatro días muerto. Otros, más curiosos, como el hacer aparecer una moneda en la boca de un pez, o pegarle la oreja cortada a un soldado. O más enigmáticos, como maldecir una higuera porque no tenía frutos y secarla instantáneamente.

Son cerca de 35 los milagros realizados por Jesús que aparecen descritos en los evangelios, y pueden clasificarse en tres categorías: milagros sobre **las personas**, milagros sobre **la naturaleza**, y **resurrecciones**. Se llaman "milagros sobre las personas" a *las sanaciones que Jesús obraba sobre los enfermos*. Como la curación de los diez leprosos (Lc 17,11-19), o de la mujer encorvada (Lc 13,11-13), o del endemoniado de los cementerios (Mc 5,1-15). Los "milagros sobre la naturaleza", como su nombre lo indica, son *los prodigios que Jesús realizó sobre los distintos elementos naturales*, como: la conversión del agua en vino (Jn 2,1-11), la tempestad calmada (Mt 8,23-27), Jesús caminando sobre las aguas (Mt 14,25), la multiplicación de 5.000 panes (Mc 6,35-44), la multiplicación de 4.000 panes (Mc 8,1-9), la primera pesca milagrosa (Lc 5,1-11), la moneda en la boca de un pez (Mt 17,24-27), la higuera seca (Mc 11,12-14) y la segunda pesca milagrosa (Jn 21,1-11). Finalmente tenemos *3 resurrecciones hechas por Jesús*: a la hija de Jairo (Mt 9,18-19), al hijo de la viuda de Naín (Lc 7,11-15) y a Lázaro (Jn 11,1-44).

La opinión de los científicos

Desde antiguo se intentó dar una definición de los milagros. Y el hecho de que éstos interrumpan el curso natural de los acontecimientos (así, el agua debe seguir siendo agua, no cambiarse en vino; un muerto debe seguir muerto, no abrir los ojos y levantarse), ha llevado a muchos teólogos a formular una definición que hoy es casi oficial del milagro: sería "*todo hecho en el que se suspenden las leyes de la naturaleza*". Esto quiere decir que cuando se está ante un fenómeno extraordinario, como por ejemplo la curación de una enfermedad, se debe analizar el hecho según todas las posibilidades científicas y técnicas que existen. Y si después de un exhaustivo estudio se concluye que tal sanación es inexplicable y que va contra todas las leyes de la naturaleza, estamos entonces ante la presencia de un milagro. Porque las leyes de la naturaleza, que deberían haberse comportado de cierta manera, aparecen "suspendidas", "interrumpidas" por una fuerza superior, en este caso de Dios, que produjo el milagro.

Milagros que ya no son

Pero esta definición de milagro ofrece muchos problemas. En primer lugar, porque *en la época de Jesús no se sabía que existían ciertas "leyes" en la naturaleza*. Y por lo tanto los apóstoles no podían saber si Jesús, cuando por ejemplo hacía levantar a un paralítico de su camilla (Mc 2,1) o curaba a un sordomudo poniéndole saliva en la lengua (Mc 7,31), estaba transgrediendo tales leyes naturales. Simplemente se maravillaban.

En segundo lugar, porque *ni siquiera hoy se dominan todas las leyes de la naturaleza*. Periódicamente se descubren otras nuevas, que modifican, corrigen o completan los conocimientos que teníamos, y hacen que lo que antes resultaba inexplicable y antinatural, hoy tenga explicación. Así, por ejemplo, mientras antiguamente se consideraba un "milagro" (es decir, una interrupción de las leyes naturales) al hecho de que ciertos Santos se elevaran en el aire mientras celebraban misa, tuvieran impresas las llagas de la pasión de Cristo, emitieran luz, o permanecieran incorruptos durante siglos después de muertos, hoy estos fenómenos pueden ser explicados por causas naturales gracias al avance de los conocimientos científicos. Por lo tanto frente a un hecho incomprensible nadie puede afirmar, con certeza absoluta, que todas las leyes naturales posibles quedaron interrumpidas. A lo sumo, las conocidas hasta el presente.

¿Un Dios trasgresor?

En tercer lugar, si el milagro fuera la suspensión de las leyes de la naturaleza, ¿para qué querría Dios violar las mismas leyes que él puso? ¿Para mejorarlas? Eso significaría que están mal hechas y que Él las podría haber creado mejor. ¿Para demostrar de manera evidente su poder? *Si con el milagro se pudiera "demostrar" la existencia de Dios, entonces la fe desaparecería, y Dios pasaría a ser una certeza conocida científicamente. Si con el milagro se pudiera "probar" positivamente a Dios, entonces todo el mundo estaría obligado a creer en Él* (como creemos en la existencia del Presidente de los Estados Unidos, o del Papa, gracias a las señales que nos llegan por los medios de comunicación), *y no existirían los ateos*. Pero lo cierto es que ningún acontecimiento, por maravilloso e inexplicable que sea, puede hacer "evidente" la existencia de Dios. En Él se cree por fe, es decir, sin "ver" nada. Por lo tanto, la definición del milagro como "aquello que no tiene explicación por las leyes

de la naturaleza" hoy resulta inadmisible. ¿Cómo definirlo entonces? Para saberlo, debemos volver a los evangelios mismos y ver qué dicen.

Las dos caras del milagro

Para los hombres del tiempo de Jesús, un milagro era un hecho asombroso, sorprendente, que dejaba a todos maravillados, pero frente al cual no se preguntaban si tenía explicación o no. Les bastaba que fuera poco frecuente, para que su fe les dijera que se trataba de un "signo" de la presencia de Dios. O sea que el milagro en el Evangelio tiene dos facetas: a) *el hecho fuera de lo común, extraordinario* (que todos podían ver); y b) *el descubrir en él un sentido religioso* (que lo hacían sólo los creyentes). Por lo tanto, los evangelistas no se preguntaban nunca si lo que Jesús hacía era naturalmente posible o imposible. Les bastaba que fuera algo poco frecuente, y que con la fe creyeran que allí estaba actuando Dios, para que a eso le llamaran "milagro".

Ya en el Antiguo Testamento vemos cómo el libro del Éxodo, al contar la huida de los hebreos de Egipto, dice que las aguas del Mar se abrieron porque Moisés extendió su mano sobre ellas. Pero luego el mismo libro agrega que fue porque un viento fuerte del Este sopló durante toda la noche y secó el mar (14,21). ¿Por qué, entonces, se abrieron las aguas del Mar? ¿Por una fuerza inexplicable de Dios, o por un fuerte viento que hubo ese día? Para los israelitas era lo mismo. Un fuerte viento había soplado esa noche, y la fe de ellos les hizo ver que Dios estaba allí presente. Había, pues, un milagro. Porque: a) no era esperable que soplara un fuerte viento justo ese día; y b) los Israelitas sintieron la presencia de Dios en ese acontecimiento. La misma palabra "milagro" viene del latín "*mirari*", que significa "**admirarse**". La condición, pues, para que haya milagro, es que se trate de un hecho ante el cual la gente se admire, sin importar si tiene explicación o no.

La suegra y el centurión

Si nos ponemos ahora a analizar los milagros de Jesús llegamos a la misma conclusión. No hay duda de que realizaba hechos asombrosos, no esperados de cualquier persona, sino sólo de alguien con su extraordinaria irradiación personal. Pero de ahí a pensar que tales hechos necesariamente suspendían las leyes de la naturaleza es ir más allá de las enseñanzas del Evangelio. Que, por ejemplo, Jesús tomara de la mano a la suegra de Pedro y la curara (Mc 1,30-31), era un verdadero "milagro" para los discípulos de Jesús, aun cuando hoy algún siquiatra pueda explicar este prodigio por las leyes de la psicología. Lo mismo ocurre con el prodigio obrado en favor del centurión romano. Éste va a buscar a Jesús para que lo cure a un servidor suyo paralítico. Jesús le dice que vuelva tranquilo porque su servidor ya está mejor. Cuando el oficial regresa a su casa, encuentra al enfermo curado (Mt 8,5-13). ¿Acaso eso mismo no ocurre hoy todos los días? Un creyente va a pedirle a Jesús por una persona enferma. Quizás va a la Iglesia, o a un templo, o a una capilla. Luego regresa a su casa y descubre que esa persona está mejor. El problema es que casi nadie ve en estos casos un milagro porque la curación generalmente tiene alguna explicación natural (la persona fue atendida por los médicos, le dieron remedios adecuados). En cambio el que tiene fe, descubre allí el mismo tipo de milagro relatado por los evangelios.

El pan en los bolsillos

Pongamos otro ejemplo. Jesús un día tomó cinco panes, los multiplicó y con ellos dio de comer a cinco mil personas (Mt 14,13-21). ¿Cómo fue que aparecieron los panes? Los evangelios no especifican si "salían de las mangas de Jesús", si "caían del cielo", o si "brotaban de las manos de la gente". Sólo dice que *«habiendo tomado los cinco panes… habiéndolos partido dio los panes a los discípulos, luego los discípulos a la multitud. Y comieron todos y se saciaron»*. Ahora bien, supongamos por un momento que muchas de aquellas personas hayan tenido cada una sus provisiones (no es improbable que la gente, al emprender un viaje tan largo siguiendo a Jesús a un lugar desértico, haya llevado algo para comer). Y que al llegar la tarde sintieron hambre, pero el egoísmo les impedía mostrar lo que tenían para no tener que convidar a los demás. Entonces, ante la prédica de Jesús sobre el amor y el desprendimiento, alguien tomó sus panes y sus peces y ofreció compartirlos. Y al instante, siguiendo su ejemplo, los demás sacaron también lo que habían llevado, de manera tal que todos pudieron comer, saciarse, y hasta sobró comida. Esto no es más que una hipótesis (sostenida por algunos biblistas). Pero si así hubiera sucedido, igualmente habría habido un milagro. Porque hacer aparecer pan de la nada, o convertir a cinco mil personas egoístas y mezquinas en gente generosa y capaz de compartir lo suyo, es un hecho inusual, y los que tenían fe pudieron descubrir allí la mano de Dios actuando. Por lo tanto, se daban las dos características de todo milagro.

Ni volviendo del infierno

Podemos, pues, concluir que los milagros que Jesús realizaba no debieron de ser tan espectaculares e impactantes, porque si no todo el mundo habría estado obligado a creer en Él y a aceptarlo. Así, cuando Jesús curó a una mujer encorvada, el jefe de la sinagoga en vez de quedar estupefacto por semejante prodigio, se molesta porque Jesús la había curado en sábado (Lc 13,14); quiere decir que no le impresionó tanto aquel hecho y que le pareció natural; sólo le reclama que debería haberlo realizado otro día de la semana.

ἐρωτήματα τοῦ βιβλοῦ

Lo mismo cuando sanó a un ciego de nacimiento: los fariseos en lugar de maravillarse por algo nunca visto, se enojan por haberlo hecho en sábado (Jn 9,16). Y cuando Jesús exorcizó a un endemoniado sordo y mudo, dice el Evangelio que los fariseos no creyeron en él porque ellos también podían hacer lo mismo (Mt 12,27). Por lo tanto, los milagros que Jesús hacía no debieron conmover a todos de la misma manera, sino sólo a los que tenían fe en él. Los otros no los veían.

Incluso en la parábola del rico Epulón y el pobre Lázaro, dice Jesús que cuando aquél le pide a Abraham que permita regresar a Lázaro a la tierra para que predicara sobre el infierno, Abraham le contesta: *«Si no escuchan a Moisés y los profetas, ni siquiera si alguno de los muertos resucite serían convencidos»* (Lc 16,31). Con lo cual Jesús restó espectacularidad a los mismos milagros de resurrección que él hacía, y puso por encima de ellos al poder de la predicación. Podríamos imaginar que los signos y prodigios que Jesús realizaba no debieron de ser muy diferentes a los que suceden hoy en algunas de nuestras comunidades, grupos o reuniones de oración. De pronto alguien con parálisis comienza a caminar, o a mover alguna parte de su cuerpo, o algún mudo a hablar. Quienes tienen fe descubren allí un milagro. Y los que no, buscan explicarlo de otra manera.

¡Milagros que descubrir!

Se cuenta del gran pensador y filósofo francés Blas Pascal que cierto día se dio cita con un amigo en un castillo, sobre la cima de una colina. A poco de estar aguardándolo, llegó éste con el rostro desencajado, la ropa rota, y el cuerpo lleno de magullones y heridas.

– ¿Qué te sucedió? - preguntó Pascal.

– ¡No te imaginas el milagro que Dios acaba de hacerme! replicó su amigo.

– Cuando venía hacia acá, mi caballo resbaló cerca de una pendiente. Yo me caí, y fui rodando y resbalando, pero me detuve precisamente al borde del precipicio. ¿Te imaginas? ¡Qué milagro que acaba de hacerme Dios!

A lo que Pascal respondió:

– ¡Y qué milagro que acaba de hacerme Dios a mí, que cuando venía ni siquiera me caí del caballo!

Cuántos milagros hace Dios cada día para nosotros. *Milagros que nunca vemos, y en los que ni caemos en cuenta. Cuántas veces en nuestra vida nos ha sacado asombrosamente de dificultades, nos ha sanado de miedos y angustias, nos ha socorrido en los malos momentos, nos hizo traspasar ilesos tantos peligros, nos asistió en las desgracias diarias, nos proporcionó lo necesario en el momento justo, nos regaló la compañía de ciertas personas. Pero no los advertimos. Porque nos resultan demasiado "naturales"*. Esperamos siempre los otros milagros. Los inexplicables, los antinaturales, los incomprensibles. Y por no saber mirar con fe, y descubrir cuántas cosas insólitamente buenas nos pasan durante el día gracias a que Dios está a nuestro lado, muchas veces llega la noche y pensamos que hemos vivido sólo un día anodino, ordinario, intranscendente, casi sin Dios, y por eso sin entusiasmo. Pero Dios sigue haciendo milagros. Los mismos que hacía en la época de Jesús. Y tenemos que acostumbrarnos a descubrirlos. Habituar nuestros ojos a ellos. Entonces sí aparecerán deslumbrantes, majestuosos, impactantes, y nos cambiarán la vida. Como cambiaron la vida de los apóstoles, que en el fondo veían lo mismo que nosotros.

AAV

μενοῦν μακάριοι οἱ ἀκούοντες τὸν λόγον τοῦ θεοῦ καὶ φυλάσσοντες
Más bien, dichosos los que escuchan ***La Palabra*** *de Dios y la practican*